

LUIS MUÑOZ GONZÁLEZ

A L B A , A L B A

Eras en el propio pensamiento, presencia pura.
Estabas en el principio,
cuando empiezan a surgir las cosas,
cuando la luz se hace día y la tiniebla, noche;
cuando se separan las aguas, y la tierra enjuta despliega su primer
[manto.

Eras el prelude, la trompeta.
Estabas en la noche que no era noche;
estabas en el orden del orden nuevo.
Pero vino la noche noche y entraste en ella para surgir de nuevo,
distinta, igualmente idéntica,
cuando la piedra se separa de la piedra,
al tercer día,
cuando el aire se hace más puro y fresco,
transparencia que aligera el peso de la noche.
Eres la llamada de siempre,
la llamada de los días,
la fuerza que levanta y pone luces en los ojos,
el gorjeo de la buena nueva, la promesa y la esperanza,
Alba, Alba, amiga mía,
la tenue luz, la luz más pura.
Separadora de la muerte y de la vida,
gloria de Dios,
mi paz, mi alegría.
Eres los caminos diversos todavía no pisados,
caminos que se hacen, siempre nuevos
sobre el laberinto de los sueños,
sobre el secreto pasaje de la noche.
Bastas praderas, montes empinados, collados placenteros,

umbrías quebradas, plácidos ríos, torrente inquieto,
suave y dulce arroyo,
mar abierto,
casa y vuelo juntamente.
Alba, Alba, cercado blanco,
henchido de claridad para el ser de cada cosa.
Alba, Alba, la bien amada, la bien nacida;
hija del pensamiento, manto y esplendor de lo creado,
suave umbral del despertar seguro a nueva vida.
Alba, Alba, nacida antes del sol, la preferida.

LO QUE ES

I

Te veo aquí, mujer,
en tu claro perfil de madre:
ligeramente inclinada tu cabeza rubia;
la depurada blancura de tu rostro
trascendiendo todo el amor
en el gesto alado,
que sella en tierno toque
el suave labio.
El torso firme, levemente
arqueado, se colma en amoroso regazo
y acoge adormeciendo
el sueño rutilante,
clamor de las estrellas.

II

La corriente fresca allí se remansa,
contenido el ímpetu,
desde el fondo de la paz,
el alma;
desde la mano que se abre,
la fuerza limpia permanece
no agotándose;
la voz que llama siempre
desde la raíz,
ante el asombro de mis ojos
que se abren.

LLANTO SILENCIOSO

I

¡Pobre pajarillo mío!
¡Qué triste se ha puesto el día
y qué oscuro el pavimento!
Se cerraron los espacios infinitos;
en un rincón reducido quedaron los despojos:
las alas quebradas,
sin plumas la pechuga
descubierta, que agitó
temblor de vida inusitada, la víspera del
¡Ay!
el pío clamoroso.

II

Un trino sin alas, libre
allá en lo alto vuela;
un silbo que perfora
el aire de tu canto.
No puedo mirar este suelo de llanto,
porque sigo buscando
en la onda clara,
en la quietud promisoría del alba,
la luminosidad de la mañana,
la conmoción del aire en tu garganta.

III

No quiero mirar tu pequeñez deshecha.
No quiero ver tus plumas reducidas al silencio,
silencio de piedra, frío
secreto se adentra
por los ojos a mi alma.
Ya la luz se hace sombra
y la nube cubre el cielo;
cuanto más tensa la cuerda,
rota, se extendió el arco
hasta llegar al suelo;

el horizonte entonces se hizo estrecho,
y un solo punto a mis pies,
una sola lágrima,
hoja que se pega al pavimento.

IV

No podré abrir más mis ojos,
aunque me traiga de nuevo la luz
en la prístina blancura del sonido
tu claro acento, no podré abrirlos más
sin ver tu llaga,
tu trino suelto.